

Y el dios que lleva dentro
—vestido de negro,
con la luna en la oreja—
concentra en su mirada
un camino sembrado de huesos,
la hazaña
en la impaciencia de sus gestos,
en el imperio de su voz.

Sonríe
—labios finos,
dientecillos de fiera.

Es una la voz
y otra la cifra.

Habla,
colmado del peso de sus sueños.
Por un momento se abre,
vulnerable,
pero es ella quien recibe
la punta certera.

Pausas sombrías,
miradas vueltas hacia el brillo recóndito—
el propio abismo.

